



HOMENAJE A GARCÍA PAVÓN
EL PALETO UNIVERSAL

Las astenias actuales de Plinio: *Otra vez domingo y El hospital de los dormidos*

José Belmonte Serrano

En el homenaje que, en 1990, póstumamente, la revista *El Cardo de Bronce*, de modo monográfico, le dedicaba a Francisco García Pavón se incluía un texto inédito del escritor de Tomelloso correspondiente (y así se indicaba en el propio subtítulo) a un fragmento inicial de una novela que, por las razones ya expuestas de la desaparición de su autor, quedó inacabada. Se trata de un interesante fragmento en el que, nuevamente, los eternos e inseparables Plinio y don Lotario iban a ser los protagonistas. En el texto, pese a su brevedad (apenas seis páginas) no están ausentes esos rasgos, esas características que ponen en relación buena parte de la obra de García Pavón: el humor, la gracia, el estilo fluido e ingenioso, la frase hábil, el vocabulario propio de la zona, sus constantes temáticas, etc.

No parecía, pues, tener intención su autor de poner fin a esta serie de novelas y relatos con Plinio y su ayudante don Lotario al frente de los mismos. García Pavón aún no había dicho su última palabra en este sentido y sabía, además, que estaba ante dos personajes de gran popularidad en el mundo literario, de rasgos perfectamente definidos y a los que no convenía abandonar por el bien de todos, incluido el propio escritor que tenía asegurado el buen recibimiento en las editoriales a las que presentara sus obras.

Sin embargo, desde la aparición de sus dos últimas novelas, *Otra vez domingo* (Sedmay Ediciones, 1978) y *El hospital de los dormidos* (Ediciones Cátedra, 1981), algo parecía haber cambiado con respecto a obras anteriores en lo referido a sus dos principales personajes: el guardia Plinio y el albéitar don Lotario. Ambos parecen envejecer al mismo tiempo que su propio creador, quien no puede evitar transmitirles sus “astenias autucnales”, como dice el propio don Lotario en la novela de 1978, al observar “más caidón y deshojado que una viña en noviembre” a Plinio. En *Otra vez domingo* se plantea con más fuerza e intensidad que en otras ocasiones ese enfrentamiento entre el presente y el pasado, entre el hoy y el ayer, como si hubiera llegado ya el tiempo de recordar lo pretérito: tiempo de reflexión y de fervor memorístico. En la propia obra hallamos reflejado ese ambiente otoñal en el paisaje (“árboles enclenques ya con sienas otoñales”) y en la gente de Tomelloso, “más desazoná” y triste que nunca. Incluso el propio Braulio —filósofo de las cosas cotidianas que sabe elevar lo sencillo a la categoría universal— llega a confesar en las páginas de esta obra que tiene “una cuerda encerrada colgada en un rincón de la cámara para el día que me dé por

ahito de mí mismo, de mi mero mí y de mi escueto yo... No elegí vientre del que nacer, pero tengo derecho y posibilidad de elegir hora y procedimiento para finitud”.

Don Lotario achaca el carácter taciturno de Plinio a la próxima boda de Alfonso, su única hija. Sin embargo, aunque esto pueda influir en su nuevo modo de enfrentarse a la vida, lo que verdaderamente preocupa a Plinio es su nueva situación dentro del engranaje y del escalafón de las fuerzas vivas de Tomelloso. El gobernador le ha prohibido que tome ciertas iniciativas a la hora de investigar determinados casos que no son de su competencia. Esto provoca el que cierto sector del pueblo decida dar su apoyo al jefe de la GMT, aunque sólo sea tímida y testimonialmente. Se llegan a plantear ciertos problemas de jurisdicción entre la Brigada de Investigación Criminal, la Guardia Civil y la propia policía municipal de Tomelloso, con Plinio a la cabeza. Pese al interés que tienen todos porque Plinio siga al frente de todas las investigaciones que surjan, un alcalde no puede enfrentarse a todo un gobernador civil de la provincia. Se llega a sospechar, incluso, que algún director general, e incluso algún ministro pueda estar celoso de la fama policíaca de Plinio. Pero sólo son suposiciones. La realidad responde a los nuevos tiempos que corren y al nuevo organigrama de las fuerzas de seguridad, lo que convierte a Plinio en un simple ordenador del tráfico, además de poderse ocupar de otros casos de poco fuste e interés para su espíritu despierto. Plinio, con el consentimiento y la benevolencia del inspector Mansilla, llegado a Tomelloso desde la vecina Alcázar de San Juan, terminará convirtiéndose en un investigador “oficioso”, al margen de la ley. García Pavón aprovecha la ocasión que se le brinda para atacar de alguna manera a quienes, de modo mucho más real, se niegan a aceptar la inteligencia y la astucia de quienes la poseen. Los vecinos muestran su contrariedad ante la nueva situación, como se desprende de las palabras siguientes de uno de ellos, *Pajarero*, quien se niega a dar información sobre un determinado caso a otra autoridad que no sea el propio Plinio:

— No, Manuel, yo no le cuento eso al señor Mansilla, ni al mismo rey Borbón que viniera. Para mí en este pueblo y en España entera, a ver si me entiende, no hay más jefe de la policía que usted... Y le cuento a usted lo poco que sé o no se lo cuento a nadie. ¿Estamos?

“Tiene uno metido el pueblo hasta las cañas de los huesos, hasta el último rodal del pecho. Soy un paleto de cuerpo entero, un paleto aterido por aquel aire, aquellas voces, aquellos ojos, aquellos alientos. No hay tierra buena ni mala. No ya más que la de uno. Con la tierra pasa lo que con la madre o con los hijos. El que vive lejos de sus solares vive con medio corazón perdido. Le falta ese anclaje profundo del terreno que todavía no sabe qué es.”



En su siguiente novela, *El hospital de los dormidos*, García Pavón refleja en la ficción el tiempo real transcurrido: los tres años que median entre la aludida obra y la inmediatamente anterior. Si en *Otra vez domingo* encontrábamos a su hija Alfonso a punto de contraer matrimonio, en *El hospital de los dormidos* halla-

Las referencias en esta novela al inexorable paso de los años son constantes. Plinio, acaso como su propio creador por aquel tiempo, busca el modo de sobrevivir al presente atándose a un lejano pasado.

mos referencias concretas a los dos nietos con los que ya cuenta Manuel González, alias *Plinio*. Asimismo, si la primera de estas obras situaba la acción en los últimos años de la dictadura franquista, la siguiente se desarrolla teniendo como telón de fondo la recién estrenada democracia y los últimos años del gobierno de UCD. Todo parece estar cambiando, lo que supone un trauma para Plinio, siempre temeroso al paso del tiempo, siempre reflexivo sobre todo lo relacionado con la muerte. Incluso la Rocío parece haber experimentado una importante metamorfosis, y “aburrida de todo por tantos años y repeticiones, le había dado ahora por la política, que nunca fue cosa de su fandriquera, y a cada paso sacaba el tema del Rey, de Suárez, de la Reina, “esa señora que aguantaba más que nadie”, y hasta de “Manolito Fraga, el de los arrechuchos”, como ella lo llamaba”. Nada es igual ni siquiera en los burdeles del pueblo, lugares ya míticos en la tradición tomellosera. Los cuartillejos de antaño, de hace cuarenta años, se han convertido, por mor de la nueva democracia, en “elegantes hostales del pito”, como tan graciosamente los denomina Plinio:

— ¡Qué barbaridad! —alzó la voz don Lotario—. *Bidet color rosa, lavabo, tocador, camas de las finas, sin piecero, calefacción, alfombras..., sólo falta aire acondicionado. Me acuerdo cuando en los cuartillejos se lavaba uno en palangana de porcelana llena con agua del botijo, que sostenía ella, puesta de rodillas, a la altura de las ingles de uno.*

Plinio ve la casa vacía ante la ausencia de su hija. Él y su mujer, la Gregoria, siguen durmiendo en la misma habitación, “aunque separados como buenos jubilados matrimoniales, en las horas nocturnas”. Plinio aparece taciturno y caidón en esta novela. No en vano se sigue insistiendo en esa nueva competencia con la Policía Nacional recién llegada a Tomelloso: “Encima que no pasa nada en este pueblo —continuó Plinio como si tal cosa— ahora, con la competencia de la Policía Nacional, vamos a holgar más que los cabreros desde que se vende leche descremada, esterilizada, en polvo (en singular), y no sé cómo más”. De ahí que sea don Lotario el encargado de animar constantemente a su amigo, recordándole su singular inteligencia y su pericia para resolver casos imposibles:

Los pálpitos es cosa de genios y no las ideícas puestas una encima de otra, de los proseros y los listos.

— No te digo, si va a resultar que yo soy un genio. El genio de Tomelloso.

—Exactamente. De Tomelloso y de toda La Mancha. Porque tienes un tercer oído, una segunda nariz y un tercer ojo...

Las referencias en esta novela al inexorable paso de los años son constantes. Plinio, acaso como su propio creador por aquel tiempo (García Pavón ya había sobrepasado la barrera de los sesenta años), busca el modo de sobrevivir al presente atándose a un lejano pasado: “Cuando pasan los años —reflexiona el narrador omnisciente— recordamos que en cada calle del pueblo nos quedó un capitulillo de nuestra vida”.

La novela que quedó truncada finalmente por el fallecimiento de su autor parecía querer responder a estas mismas características. Sigue la pugna entre Plinio y, en esta ocasión, los “puñeteros del juzgado”, “señoritos” y “siempre tan enchaquetados y forasteros” ante el caso de un muerto aparecido en los aldeaños de la vieja estación de Tomelloso. Un motivo, este último, que sirve para que Plinio y don Lotario traigan a la memoria toda la historia, episodios y personas que hay en torno a este paraje tomellosero:

— Hay que ver lo que luchó el pobre don Francisco Martínez para conseguir esta línea que hizo rico a Tomelloso. Ya nadie lo recuerda. Menos mal que su periódico, “El Obrero de Tomelloso”, lo cuenta todo para quien quiera saberlo y no olvidarlo, dijo Plinio. Todavía lo recuerdo yo discutiendo con unos y con otros para convencerlos... ¿Se acuerda usted, cuando algunos decían que el paso del tren iba hacer temblar la tierra y estropear las viñas y sembrados cercanos a la vía?

En este breve fragmento del último Plinio hay una referencia a la próxima jubilación de este personaje como guardia municipal y, sin perder de vista ese lánguido humor tan característico de este autor, a su “pitorro, ya reverencioso, del botijo municipal de su cuerpo”. Don Lotario es, una vez más, el encargado de animar a su jefe. Y lo hace en esta ocasión siguiendo el ejemplo de Sancho Panza cuando, en la parte final de la novela, halla postrado a don Quijote en su lecho de muerte. Sólo pura retórica ante un caso para que ya no hay solución ni regreso.

— Usted ha pensado, don Lotario, que sólo me quedan tres años para la jubilación.

— Claro que lo he pensado, y lo tengo olvidado.

— Tres años, nada más, ¿y qué hago yo luego?, pues por que me quiten el uniforme, no voy a quedarme en casa con los brazos cruzados.

— ¿Quién te ha dicho tal cosa, Manuel? Con tu uniforme o sin él, continuarás siendo el primer policía de este pueblo.

— ¡Ah!, eso por supuesto, ya que lo dice usted. Sin alcalde, sin uniforme, sin órdenes y contraórdenes, pero yo tendré bajo la pestaba a todo el que se mueva en este pueblo, si es que se mueve alguno.

— Ya verás cómo descubriremos más crímenes que nunca.

García Pavón, siguiendo los pasos de uno de sus maestros predilectos, Francisco de Quevedo, sabía que la batalla contra el tiempo estaba perdida de antemano. Sólo nos queda la ilusión y el fatal recurso del autoengaño; de ahí ese tono elegíaco, casi desesperado y desesperanzado, y esas astenias y nostalgias autucales de sus últimas novelas. Plinio, como su propio creador, aunque ente de ficción, también sucumbía a los rigores del tiempo. ■